

16° Capítulo del Abad General para el CFM – 12.09.2012

“El tercer grado de humildad es que el monje se someta al superior con toda obediencia por amor a Dios, imitando al Señor, de quien dice el Apóstol: «Se hizo obediente hasta la muerte» (Flp 2,8)” (RB 7,34).

San Benito nos pide reflejar en nuestra vida de comunidad la postura de Jesús durante su vida terrena, de manera especial durante su pasión y muerte, como ya hemos visto. Así como Jesús se ha sometido por amor a una total obediencia al Padre, de este modo también a nosotros se nos pide y se nos da el someternos por amor a Dios a nuestros superiores. Ahora bien, si para Jesús el Superior y el Amado era el único Padre, para nosotros es como si debiéramos vivir esto con una diferencia: hemos de obedecer a los superiores por amor a Dios, amar a Dios obedeciendo a los superiores y obedecer a los superiores amando a Dios. ¿Qué quiere decir esto?

Quizá san Benito nos quiere poner en guardia ante el peligro de confundir obediencia y afecto. Es verdad que en el capítulo 72 pedirá que los monjes “amen a su abad con afecto sincero y humilde” (RB 72,10), pero justamente nos pide que la cualidad del afecto sea la sinceridad y la humildad, es decir, que nos hace entender que entre los superiores y los hermanos y hermanas no se puede limitar esto a un afecto de simpatía.

Para comprenderlo creo que es útil meditar sobre el tercer grado de humildad uniéndolo al quinto: “El quinto grado de humildad es que el monje con una humilde confesión manifieste a su abad los malos pensamientos que le vienen al corazón y las malas obras realizadas ocultamente. La Escritura nos exhorta a ello cuando nos dice: «Manifiesta al Señor tus pasos y confía en él». (Salmo 36,5)” (RB 7,44-45).

Por lo tanto, San Benito pide una relación de transparencia con el abad o abadesa y, citando el Salmo 36, nos ayuda a comprender que esta transparencia, incluso si revela los propios pensamientos y las culpas escondidas, es, sobre todo, un compartir con el superior el propio camino, el camino de la propia vida, de la vocación, de la vida interior, con todos sus altibajos, incluidas las caídas: «Manifiesta al Señor tus pasos y confía en él». Este considerar juntos el camino de la vida es, en el fondo, la condición para una verdadera relación de obediencia con los superiores y, también la condición para un verdadero afecto recíproco. El superior no está llamado a ser nuestro papá, nuestra mamá, nuestro amigo, nuestra amiga, sino a ser, ante todo, el padre y pastor que nos acompaña en el camino de la vida y de la vocación. Así es como nos genera de verdad, y de esta forma es verdaderamente un amigo, porque su compañía se convierte en el instrumento privilegiado a través del cual Dios nos hace avanzar, crecer, madurar hasta alcanzar nuestra madurez en Cristo, la madurez de nuestra vocación.

En el fondo, “la obediencia total – *omnis oboedientia*”, es verdaderamente total si no se limita a los actos y servicios particulares que nos pueden ser solicitados de vez en cuando, sino cuando es la obediencia confiada y transparente de un camino. La vida es vivida en “total obediencia” si todo el camino de la vida está animado por la preocupación de no seguir el capricho propio, sino verdaderamente a Cristo que nos conduce a la vida eterna junto a nuestros hermanos y hermanas. En la Regla, la obediencia significa aceptar hacer un camino en el que los superiores y la comunidad nos guían y acompañan hacia la plenitud de nuestro destino. Los superiores que dan órdenes pero no acompañan, serán quizá buenos capitanes, pero no pastores ni padres o madres.

De todos modos, si no hay una disponibilidad en nosotros para dejarnos guiar en un camino, la obediencia se reduce a un automatismo cuyo único resultado se limita al buen funcionamiento de algunas cosas. Pero la obediencia cristiana y monástica es para la vida, es para que toda la vida sea guiada y llevada por la docilidad al Señor que es Camino, Verdad y Vida de nuestra existencia (cfr. Jn 14,6). Es verdaderamente, como la de Jesús, una obediencia “hasta la muerte” (Flp 2,8; RB 7,34), lo que no significa que es una obediencia que nos hace morir, sino una obediencia de toda la vida.

Cuando en la relación con el superior domina la simpatía o la antipatía, cuando domina el halago, se pierde el nivel profundo de la obediencia. Es como si el camino se hiciese menos importante que la relación personal, porque cuando termina la simpatía, o cambia el superior, nos encontramos con que no hemos progresado en la vida y en la vocación.

Lo noto también como abad general. Soy muy bien acogido, con hermosísimas ceremonias y tantas señales de simpatía y de afecto, que son sin duda sinceras y me dan alegría. Pero a veces es como si todo terminara aquí, porque en el momento de mirar cara a cara los problemas de la comunidad, de los superiores, de cada monje o monja en particular, y, por lo tanto, de mirar honestamente el camino que se está haciendo, no hay acuerdo en comprometerse, en dejarse ayudar. En el fondo, se revela que el afecto no es verdaderamente “sincero y humilde”. No se manifiesta ya al superior la fragilidad escondida y las caídas propias, porque no se está dispuesto a hacer un camino junto a él, a la luz de aquello que el Señor quiere y obra en medio de nosotros. Entonces, comprendo que la relación se hace inútil, vana, y que después del fervor del “primer enamoramiento” es como si ya no tuviésemos nada que decirnos y que vivir juntos.

Afortunadamente, la experiencia contraria es la que hago más a menudo, de otra forma me deprimiría, pero me doy cuenta de que existen situaciones que, rechazando tácitamente hacer un camino juntos, permanecen como detrás, incluso si aparentemente van mejor que otras, y no se sabe qué hacer, si no orar para recuperar el camino perdido.

Pero esta debe ser, sobre todo, una preocupación personal de cada uno, porque, en el fondo, en este grado de humildad, lo que san Benito nos pide es una verdadera libertad en el vivir la obediencia. Para obedecer como una máquina no hay necesidad de ser transparentes sobre lo que sucede en nuestro corazón ni tampoco en los pasos del camino. Es necesario un fuerte sentido de la libertad para obedecer como ha obedecido Jesús al Padre, con amor y dando toda la vida; y es necesario un fuerte sentido de la libertad para pedir ayuda humildemente para las dificultades interiores y sobre las propias miserias. Aquí san Benito invita a la transparencia, pero no la impone: la pide como elección que no se puede imponer. Quien utiliza lo que san Benito dice en la Regla para obligar a la apertura de conciencia no ha comprendido nada del enorme respeto que san Benito tiene de la libertad de cada uno en el camino de la conversión. Lo que no es confiado libremente, dentro de una paciente construcción de una relación de confianza, y en el convencimiento de que esto es positivo para el propio crecimiento y libertad, no hará jamás progresar a nadie. Si la transparencia es importante para hacer un camino, no hay que olvidar que se debe también hacer un camino en la misma transparencia, un camino en el que debe crecer la confianza y la humildad de las personas, también en los superiores. Solo si se respeta la necesidad de un camino a todos los niveles, se evita el abuso de la libertad de las personas y se permite a las mismas crecer hacia una verdadera y humilde madurez humana y monástica.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist